



Virginia Guadalupe Reyes de la Cruz
Universidad Autónoma Benito Juárez de
Oaxaca (México)
vgreyes@iisuabjo.edu.mx
<https://orcid.org/0000-0003-3130-6160>

Recibido: 03 de octubre de 2023
Aceptado: 02 de febrero de 2024
Publicación: 28 de mayo de 2024



Esta obra está bajo una licencia internacional
Creative Commons BY-NC-SA 4.0

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.11266284>

Sección: *Dossier*

La universidad del siglo XXI: un camino hacia la completud. Apuntes para una discusión

Resumen

El presente texto reflexiona, a partir de una serie de acciones vividas en la universidad como profesora-investigadora y la experiencia en el diseño de programas educativos, sobre el papel que debería jugar la universidad del siglo XXI. Asimismo, aborda la generación de procesos de formación mucho más complejos en los cuales las disciplinas transiten a una mirada transdisciplinaria como proceso de completud. De esta manera, al entender la interconexión de la humanidad y la naturaleza, se buscará propiciar diálogos para el bien común, cuestionando las relaciones de poder que, con una mirada universal, posicionaron a la universidad sobre otras formas de pensar-sentir y vivir. Además, se problematizan modelos de sociedad que han generado la negación de los saberes que hoy, ante las crisis epocal, ambiental y climática que vivimos, nos interpelan para buscar otros modos de construir una sociedad desde la reinención de la universidad, a través de la cual caminemos hacia la justicia epistémica, cognitiva y social.

Palabras clave: completud, crisis ambiental, transdisciplinaria, universidad del siglo XXI.

The University of the 21st century. A path to completeness. Notes for a discussion

Abstract

Based on a series of actions experienced at the university as a teacher-researcher and in the design of educational programs, this text reflects on the role that the 21st century university should play. It addresses the generation of much more

complex training processes, in which the disciplines transition to a transdisciplinary view as a process of completeness. Thus, by looking at humanity and nature as interconnected, we will seek dialogues for the common good, questioning the power relations that, with a universal view, placed the university above other ways of thinking-feeling and living. Additionally, we problematize models of society that have generated the denial of knowledge that today, in the face of the epochal, environmental and climate crisis that we are experiencing, challenges us to seek other ways of building a society from the reinvention of the university, through which we walk towards epistemic, cognitive and social justice.

Keywords: *completeness, environmental crisis, transdisciplinarity, 21st century university.*

“Donde quiera que haya un ser humano,
hay una oportunidad para la bondad”
Séneca

Mi sentipensar en contexto

Antes de comenzar me gustaría decir que cuando me solicitaron escribir un texto de cómo pensaba a la universidad, muchas ideas cruzaron por mi cabeza. Primero respecto a qué es la universidad hoy y sus crisis, y luego a cómo, entre esas universidades en crisis, yo me encuentro en un lugar marginal, con pobreza y una creciente desigualdad, con una resistencia de siglos a procesos colonizadores que han mutado hasta nuestros días, con colonialismos internos, como decía nuestro querido Pablo González Casanova (2006), y con toda una serie de desigualdades sociales, discriminación, racismo y

xenofobia, así como con una riqueza cultural y saberes propios que nos permitieron hacerle frente a una pandemia global de alcances que no hemos dimensionado.

Justamente estoy terminando de dar una entrevista sobre los impactos de la movilidad humana en la ciudad de Oaxaca, ya que llegaron migrantes de diferentes latitudes y la sociedad oaxaqueña ha iniciado una defensa del territorio vecinal, la casa y el cuerpo, que es el primer territorio que con dicha llegada se ha sentido invadido. Aquí en Oaxaca no importa si son universitarios los que opinan, campesinos, obreros, comerciantes; aquí hay un acuerdo entre los oaxaqueños de que los migrantes no deben quedarse en la entidad. Ante esto me pregunto: ¿cuántos oaxaqueños existen fuera de nuestro país?, ¿cómo los han recibido en otros espacios?, ¿cuáles han sido sus males?, ¿quiénes los han apoyado?, pues ellos siempre dicen que el mexicano es el que más obstáculos les coloca en el camino.

En este sentido, el principal cuestionamiento que me formulo es el siguiente: ¿por qué no miramos de diferente manera al prójimo y vemos nuestro proceso formativo como sociedad como un devenir histórico que nos marca y coloca en una encrucijada ante fenómenos que nos retan a pensarnos desde otros lugares para, de esta forma, no reproducir las mismas desigualdades sociales? Así, surge otra pregunta que guiará este documento: ¿cómo debemos formarnos para enfrentar retos de realidades complejas como las que nos tocan vivir hoy? Ante el cambio climático, sismos, tsunamis, inundaciones, socavones, tornados, incendios, sequías, la extinción de especies y el desarrollo tecnológico, varios países experimentan automatización, desplazamiento de recursos humanos por tecnologías y

un fuerte impulso al desarrollo de la inteligencia artificial, además de crisis de valores e identidades. Por otra parte, tenemos políticos que buscan el bien propio y no de los gobernados, violaciones a las leyes con premeditación, alevosía y ventaja, fenómenos globales como la movilidad humana, feminicidios, trata, violencias estructurales que desencadenan una serie de procesos que desestructuran nuestras sociedades y dañan el tejido social y, encima de todo esto, una crisis en la producción de alimentos sanos que ha traído una serie de enfermedades y daños colaterales al mundo entero. Ante este panorama, ¿qué puede hacer la educación superior?, ¿hay salida o es parte del cataclismo de nuestra sociedad como opinan algunos estudiosos?

Dichos especialistas comentan que el sistema capitalista en el que estamos metidos ha propiciado, por un lado, estos fenómenos antropogénicos, pero recuerdan que también hay un fenómeno natural de desgaste del planeta. Por eso hoy la agenda 2030 establece los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), ante los cuales ya sólo nos quedan seis años para alcanzarlos y mejorar la vida en la Tierra, y no vemos grandes avances. Por el contrario, los fenómenos se complejizan más y se encuentran intersectados, lo que nos reta a pensarlos y formarnos de manera más integral y en completud con el planeta y la vida misma, sobre todo después de una pandemia que nos dejó algunos aprendizajes importantes durante el confinamiento y volvió a colocar lo local frente a lo global, así como las estrategias de resistencia desde lugares marginales frente a otras formas de construir el conocimiento; es decir, epistemes que dieron batalla en un intercambio de saberes y en la cual la interculturalidad —como señalo en un texto que escribí pensando la

medicina tradicional y la alópata— fomentó el diálogo y la generación de puentes para tener salud (Reyes, 2022), pues no existían la infraestructura y los medicamentos necesarios para que las comunidades enfrentarán el SARS-CoV-2 (Covid-19).

Ante esto que ocurre en nuestras sociedades diversas y desiguales, me pregunto: ¿cuál debe ser el papel de la universidad? Así, también reflexiono si debemos pensar de la misma manera en cuanto a todos los contextos de este espacio formativo o debemos transformar la esencia de ésta para procurar impactar desde nuestros entornos con una mirada más integral, dialógica e inclusiva. Fundamentalmente, me cuestiono si debemos pensar la universidad como una gran telaraña que permita tejer redes que construyan y den oportunidades de empleo digno a sus egresados, pues existe una falta de vínculo entre lo que se forma y lo que se emplea en nuestra sociedad debido a la desarticulación actual con el mercado laboral.

La construcción de un nuevo sujeto social en este espacio de educación debe estar permeada por su contexto y vinculada a los procesos globales de nuestro planeta para no limitarla a una educación cerrada y posicionada únicamente desde lo interno. La educación se configura abierta y firme desde su *locus* de enunciación, debe permitir analizar los fenómenos desde la política (como parte de la construcción desde las instituciones, el Estado y los gobiernos) y la construcción de lo político como aquello que emana del análisis de realidades complejas que dan cuenta de sus procesos en un devenir histórico, con sus contradicciones, tensiones y resistencias en la cotidianidad. A esto le llamaré “la universidad del siglo XXI”, donde todas las formas de pensar tengan cabida y no haya una

forma monocultural de construir el conocimiento, la cual genera epistemicidios y niega otras formas de pensar y sentir, en términos de Fals Borda [2002], quien nos habla del “sentipensar”.

En el sur global, hoy hemos visto una serie de propuestas de educación alternativa que genera posicionamientos desde otros lugares para formar en sus espacios educativos, espacios que se encuentran vinculados a sus contextos y tienen una visión de mundo que toma en cuenta la relación humanidad-naturaleza. Esta visión la hemos asumido también en la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca (UABJO) debido a que pensamos que es la manera en que deben constituirse las universidades, porque como bien señala Paulo Freire, la educación debe tener un proceso de alfabetización que no se circunscriba al saber leer y escribir, sino a entender y comprender el contexto en el cual el sujeto es formado, con sus limitaciones y oportunidades. En otras palabras, debe ser una educación genuina que nos lleve a los procesos de transformación social que hoy nos demanda la sociedad en su conjunto, pero que, desde este sur global, tiene sus particularidades, mismas que se construyen desde sus potencialidades, para poder dialogar con ese mundo más amplio y con una serie de fenómenos que se viven hoy en día; lo local tiene implicaciones globales y viceversa.

En este texto me propongo reflexionar sobre el papel que debe jugar la universidad que conocemos actualmente y el camino hacia una noción de completud en el universo para poder integrar a una sociedad compleja, en la cual se generan diferentes procesos que se intersectan como desigualdades, violencias, relaciones de género, violación a los derechos humanos, condiciones de raza, etnia

y, principalmente, sometimiento histórico a través de procesos colonizadores (relaciones de poder) y ambientales que hoy en día nos retan como sociedad.

Pensarnos desde nuestros entornos nos permitirá incursionar en análisis situados de la realidad y generar procesos formativos acordes a los desafíos de los tiempos. Esto con el fin de romper con el paradigma monocultural-cientificista que, a cientos de años de haber sido creada la universidad, sólo ha sido un metarrelato más de la modernidad, pues dicha institución emergió como un espacio en el cual se construían conocimientos que permitían modelar una mejor sociedad. Con el paso de los años, el pensamiento crítico de la universidad se fue quedando anquilosado y, en contextos como los latinoamericanos, se fue imponiendo una forma de construcción del mundo, sin considerar otras realidades. Las formas de pensar propias de contextos no occidentales se fueron excluyendo de los espacios universitarios, y poco a poco llegó a imponerse una racionalidad a nuestros pueblos que no los ha llevado a una transformación real, sino que los ha colocado en una forma de producir y reproducir un mundo de desigualdades sociales que profundizan las brechas. Además, la movilidad social de quienes estudian quedó desfigurada, convirtiéndose en una falacia debido a que al sistema no le interesa generar esos procesos, sino los contrarios.

Es en este tenor que desarrollaré la propuesta de la universidad del siglo XXI, que será abordada en dos apartados. El primero se denomina “haciendo camino al andar”, el cual tiene como propósito analizar la necesidad de cambiar el modo de construir el conocimiento en estos espacios educativos con una mirada de completud en el universo en el que nos desarrollemos; el segundo, el relacional, lla-

mado "hacia la universidad del siglo XXI", da cuenta de esa complejidad que se viven en los diferentes espacios sociales articulados a múltiples fenómenos que enfrentamos para situarnos en una sola dimensión y dirección. De allí que proponga a manera de manifiesto pensarnos con miradas transdisciplinarias y colocarnos en diálogo directo con nuestro entorno social y natural para poder caminar hacia una justicia epistémica, cognitiva y social como propósito educativo. Con este análisis me permitiré incursionar en la propuesta de la universidad del siglo XXI, en la cual enunciaré algunos elementos que considero que se deben tener en cuenta para realizar los procesos de transformación social y con ello la formación del sujeto social del siglo XXI. Cierro el documento con algunas reflexiones finales.

Haciendo camino al andar

Hoy en día enfrentamos una crisis epocal, sistémica y climática, entre tantas formas en que se ha llamado a este proceso de crisis aguda en todas las dimensiones y direcciones en las que podemos explicar la forma en cómo funciona nuestro planeta y el universo. Estos son procesos naturales y antropogénicos, debido a nuestra forma de relacionarnos con el mundo de la naturaleza y el mundo social, que nos permiten dar cuenta del desgaste de nuestro planeta, del desmantelamiento de una sociedad con valores y ética que se evidencia en la forma en la que quienes la conformamos asumimos responsabilidades, según la perspectiva de la sociología comprensiva de Weber y Marianne (Aldana *et al.*, 2021), y de las formas en cómo nuestros intereses se conjugan y desembocan en un tipo de acción social que nos mueve a actuar.

Lo anterior me recuerda a lo que Alain Touraine señalaba respecto a que, ante situaciones de amenaza a la humanidad, tendríamos que mirar en una sola dirección para superar ese riesgo y pensarnos como especie. Pues bien, ya estamos en esa situación, acabamos de enfrentar una pandemia que nos ha retado. Durante nuestro confinamiento, algunos dialogaron y construyeron procesos más humanos, otros aprovecharon para avanzar en megaproyectos que dañan el planeta y otros vieron una oportunidad para cruzar fronteras y cambiar sus destinos de opresión y violencias. Ante esta amenaza, algunos más agudizaron sus formas de explotar a los más débiles y someterlos por diferentes medios que dañan el cuerpo, la mente y por ende el espíritu. La razón es seguir manteniendo su usufructo, como es el caso de la tecnología y los desarrollos que se impulsaron y en los cuales nos vimos involucrados. Aquí las universidades fueron cuestionadas por sus procesos, y lo que vimos fue que grandes instituciones educativas pudieron reducir costos en los procesos de enseñanza, mientras que otras tuvieron que mejorar la forma de utilizar la tecnología para llegar al estudiantado y ampliar su cobertura; algunas le pagaban a su comunidad por el uso de servicios de luz e internet y la dotaban de computadoras, otras le retiraban los apoyos, obligándola a cubrir con su sueldo el proceso formativo. Se habló de brechas de desigualdad social y digitales, de grupos de estudiantes conectados y desconectados por la situación económica, de marginación social, exclusión y falta de políticas educativas para enfrentarlas, de esfuerzos por buscar pedagogías alternativas porque las que conocíamos no funcionaban del todo.

Nuestra universidad se enfrentó a la amenaza de la pandemia, y decidimos volver con los aprendizajes y las resistencias de muchos a encarar este momento crítico. Volvimos y hoy existen nuevas formas de mirarnos y reconstruir, pero quedaron también las formas de resistencias y de reproducir lo que siempre habíamos hecho. La pregunta es: ¿aprendimos o desaprendimos?, ¿dónde quedó esa conciencia que en su momento emergió por el cuidado del planeta y por construir un nuevo saber que nos permita ser amigables con nuestro entorno y por ende con el universo? Este planteamiento ya se había realizado antes, pensarnos como parte de esa naturaleza y generar conocimientos en las universidades que nos permitan transitar hacia nuevos destinos.

Enrique Leff nos señala que tenemos que articularnos al saber ambiental porque “la crisis ambiental irrumpe en el momento en el que la racionalidad de la modernidad se traduce en una razón *anti-natura*. No es una crisis funcional u operativa de la racionalidad económica imperante, sino de sus fundamentos y de las formas de conocimiento del mundo” (Leff, 2004, p. 10). Hemos definido y construido la razón occidental como aquella que se constituye como una voluntad de poder que constriñe, excluye y domina al *otro*, cosifica la naturaleza e instrumentaliza todo desde la *mismicidad* de su ser; la naturaleza y las culturas no occidentales quedan inmediatamente subalternizadas como lo atrasado. Así nos lo hicieron creer durante muchos siglos y eso fue parte del poder colonizador que se quedó en nuestra psique, mediante la cual entendíamos que el único conocimiento válido era el conocimiento ofrecido por la razón de la ciencia moderna. Ciencia generada y creada desde una universidad

eurocentrista y androgénica cuyas pautas para la construcción del conocimiento vimos resquebrajarse en la pandemia, cuando en nuestros pueblos volver al contacto con la naturaleza y retomar los saberes de nuestras culturas nos habilitaron para defendernos de dicha crisis, construir desde otras latitudes el conocimiento y sobre todo dar cuenta de que esta racionalidad moderna-occidental nos daña más de lo que nos ayuda.

Este “conocimiento [que] ha desestructurado a los ecosistemas, degradado al ambiente, desnaturalizado a la naturaleza” (Leff, 2004, p. 10) nos ha colocado en una pandemia que nos interpela para pensar en cómo superar esta crisis civilizatoria, la cual requiere, entonces, no sólo de ir más allá del modelo individualista de la economía capitalista, sino de los supuestos filosóficos y epistémicos que sostienen la razón occidental. Ello implica la construcción de una nueva matriz civilizatoria posoccidental a favor de la vida y la diversidad, la cual llamaré “completud en el universo”. Es aquí donde podemos proponer aportes importantes de la ecología política y la racionalidad ambiental como diálogos de saberes para perfilar los nuevos retos que encontramos para las universidades del siglo XXI. Como menciona Enrique Leff: “La racionalidad ambiental emerge así del cuestionamiento de la sobre-economización del mundo, del desbordamiento de la racionalidad cosificadora de la modernidad y los excesos del pensamiento fragmentario de la posmodernidad” (Leff, 2013, p. x).

Retomar la importancia de la amplia experiencia y las filosofías del sur global desperdiciadas por las ciencias modernas y posmodernas resulta indispensable. La *otredad* siempre excluida de la conversación monológica y multicultural de

la racionalidad occidental ahora es un componente fundamental para los diálogos de saberes. Las universidades del futuro no pueden obviar este nuevo proceso que se abre para superar la actual catástrofe civilizatoria. Si quieren sobrevivir y transformarse, necesariamente deberán contribuir al debate posoccidental y a los diálogos de saberes. Es imprescindible entonces que en esta diversidad de pensamiento se pugne por una justicia epistémica en la que los pueblos sometidos dialoguen desde sus lugares de enunciación y traigan sus saberes al debate para generar procesos de completud que han sido negados y excluidos de los procesos civilizatorios en aras de una supremacía que destruye. En otras palabras, la “clave para la solución de la crisis de la modernidad no se encuentra en el mismo pensamiento moderno. La superación de la crisis atañe a esos otros mundos que desde la tradición se oponen a los modelos económicos por medio de una relación armónica con la naturaleza” (Toledo, 2018, p. 27), a esto me refiero con “completud en el universo”.

Todos somos parte de un todo y una pieza que no encaja —como en el rompecabezas— genera un desequilibrio y un efecto en cascada negativos para el funcionamiento de nuestro planeta y el universo en sí. Dichos resultados los hemos empezado a vivir por la ola de fenómenos asociados a la naturaleza y de carácter destructivo. Por señalar los dos últimos acontecimientos antes de escribir este texto, pensemos en la inundación de Libia, el 22 de septiembre del 2023, y en la ola de calor como parte del calentamiento global, así como en los fenómenos que venideros antes de la publicación de este documento, que cada día serán más recurrentes, como el sismo en Japón a inicios del 2024.

Si me propusiera realizar un análisis de los fenómenos que se presentan en lo que se escribe y concluye el proceso de edición de este texto, cada día se sumarían eventos que marcan vidas y los procesos históricos de nuestras sociedades.

En este sentido, es necesario contribuir a la construcción de una “nueva percepción que surge del carácter global de lo humano, así como de los límites biofísicos, hoy transgredidos del planeta [que] conducen a repensarlo todo, no sólo en términos de lo que concretamente se hace, sino de lo que se hizo y de lo que se hará” (Boada y Toledo, 2003, p. 196). Las universidades de hoy tienen la enorme responsabilidad ética de formar parte de la solución global o seguir dentro del problema. Por ello, la ONU, a través de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), destacó la necesidad de transformar la educación, pero seguimos reproduciendo el mismo sistema y no logramos apropiárnoslo ni mucho menos implementar modelos educativos para la recuperación de los saberes y la generación de nuevas prácticas educativas y pedagógicas y, por ende, un diálogo entre las disciplinas, culturas y experiencias de quienes se encuentran en sus procesos formativos.

Hoy en México tenemos una nueva Ley General de Educación Superior que nos orilla a pensarnos desde los territorios concretos, pero las universidades no han alineado sus modelos educativos, por lo menos en su totalidad. Sólo existe un caso emblemático que, por su condición y posición geográfica, ya venía trabajando en esta dirección: la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca (UABJO), que se constituye como una universidad intercultural y se asume como tal por la diversidad de culturas que convergen en el estado de Oaxaca. La

UABJO, a partir de una revisión crítica de su proceso histórico, decidió cambiar su modelo educativo en 2019 y posicionarse en un diálogo de saberes, con perspectiva crítica y decolonial. Así lo señala el plan de trabajo del rectorado 2022-2023, un gobierno en transición que en tiempos de pandemia llegó de una manera insólita al poder. Desde este sur global se está buscando cambiar la forma de construirse y construirnos desde otro lugar, con sus propios retos y con docentes que tienen que aprender en el camino; hay que desestructurarnos y volver a pensarnos paulatinamente en este entramado de relaciones porque no es fácil, y no hay poblaciones formadas para enseñar de la manera que hoy demanda la sociedad ante las crisis que hemos comentado a lo largo del texto.

Crear una nueva matriz civilizatoria y una racionalidad ambiental implica reconsiderar todo en el campo educativo del siglo XXI. "Lo que hagamos por la ecología depende de nuestras ideas acerca de la relación *humanidad-naturaleza*. Más ciencia y más tecnología no nos librarán de la actual crisis" (White, 2007, p. 85). Necesitamos un cambio civilizatorio profundo del modo en cómo producimos el conocimiento, de la forma en cómo nos relacionamos y vemos a la naturaleza, el mundo y los otros. Esto nos llevará primero a esa justicia cognitiva para traer los saberes negados y dialogarlos con las disciplinas que constituyen los saberes hegemónicos, retomar lo que ya existe, pero con responsabilidad social no sólo de discurso, sino de acciones profundas que incidan en nuestros territorios. La pandemia nos demostró que todavía estamos a tiempo si queremos y nos comprometemos. Los niveles de contaminación se redujeron y se frenó el deterioro del planeta, pero ahora regresamos

con mayor intensidad y esto nos muestra el poder destructivo que tenemos y de lo que somos capaces si no tomamos conciencia de nuestra realidad. De esta manera, tenemos que caminar hacia una nueva forma más diversa y ecológica de construirnos que "se enlaza con los procesos de valorización y reinención de identidades culturales, de las prácticas tradicionales y los procesos productivos de las poblaciones urbanas, campesinas, afrodescendientes e indígenas; ofrece nuevas perspectivas para la reapropiación subjetiva de la realidad y abre un diálogo entre saberes y conocimientos en el encuentro entre lo tradicional y lo moderno" (Leff, 2011, p. 52).

Este encuentro dialógico permitirá generar proceso de completud entre la racionalidad occidental capitalista cómplice de la crisis civilizatoria y los otros saberes locales que, de acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas (ONU), han sido los que han defendido y preservado el ambiente en el planeta. Este binomio juega un papel primordial para los diálogos interepistémicos y propone salidas al actual colapso medioambiental. En este sentido, el "diálogo de saberes abre el campo de lo posible en la construcción de un futuro sustentable, no como un consenso sobre un modelo uniforme que habría de conducir a la humanidad hacia un equilibrio ecológico, sino como un destino forjado por la productividad creativa de la resignificación del mundo que emerge de las diversas formas de significación cultural de la naturaleza, y del encuentro de sus diferencias" (Leff, 2011, p. 89).

Es aquí donde se observaron los cambios en el transcurso de la pandemia, pues se cortó ese modo de producirnos y reproducirnos que nos enseñó la racionalidad moderna occidental y dimos cabida en pequeña escala a lo que somos. De

esta forma, emergió nuestra esencia e ideamos estrategias para no ser alcanzados por el Covid-19, volvimos a reconectarnos con el planeta, nuestras relaciones sociales y espirituales y nuestros sentires, y nos atrevimos a mirarnos tal como somos y a valorar lo que tenemos.

Debido a lo anterior, estoy convencida de que la universidad del siglo XXI debe tener un enfoque en el saber ambiental para vernos como completud en el universo y no como dueños que pueden expropiar, exterminar, despojar y utilizar los recursos a su antojo, como hasta hoy lo hemos hecho. Ello ha causado, por ejemplo, los efectos del calentamiento global y la pandemia, que han dado paso a una movilidad humana global que nos reta y que se suma a la sobrevivencia y al autoexilio para no sufrir las violencias estructurales.

Hoy las sociedades se enfrentan a otros fenómenos que son parte de la reproducción y producción de un sistema anquilosado en las universidades y con modelos neoliberales que desestructuran la esencia humana a través de las tecnologías, como señala la primera ola de la Escuela de Frankfurt con una perspectiva de hombre unidimensional. Éste es un sistema construido desde una cultura hegemónica que somete a las masas en ciertos marcos de libertad y deconstruye los saberes de los pueblos en nuestro sur global con violencias y megaproyectos que nos despojan de nuestra rica naturaleza y la vuelven desechable para la vida en todos los sentidos: humanidad, fauna, flora y producción. Me atrevo a decir que estamos cambiando espejos por oro, como en la época colonial, pero ahora es la tecnología por nuestros recursos y nos están expulsando de nuestros territorios para vivir en la diáspora y el eterno éxodo.

Es en este marco de crisis epocal, situado desde el sur global y con una revisión en la construcción de un proceso de formación marcado por una serie de relaciones de poder colonial enraizadas en el devenir de la sociedad latinoamericana en el que hemos posicionado a la universidad, donde se puede ver el proceso de construcción de un conocimiento fuera de nuestra cosmovisión y las nuevas formas para transformar esos espacios de colonialidad del ser, saber y hacer. Estos espacios deben nutrirse desde una mirada transdisciplinaria para poder enfrentar los retos de la formación del estudiantado y articularlos a sus contextos de manera real, así como dialogar con estos últimos. Ahora bien, el reto es cómo hacer este entramado para generar conocimiento y sujetos sociales que permitan transitar a la justicia social que nos ha quedado a deber por mucho esta mirada occidental, extractivista, generadora de desigualdades sociales y ambientales; esto es lo que voy a buscar construir grosso modo en el siguiente apartado.

Hacia la universidad del siglo XXI

La universidad como reflejo de la sociedad ha producido y reproducido las desigualdades, y esto va desde la forma en como iniciamos la construcción del conocimiento en la ciencia occidental, hasta la vinculación que ésta ha tenido con la no generación de una justicia social. Es en la universidad donde se construye la ciencia al servicio de la humanidad y esto sólo se convirtió en un metarrelato de la modernidad. En este sentido, con el advenimiento de la sociedad moderna se inició la fragmentación del conocimiento. Separamos las ciencias naturales de las sociales, primer gran problema, porque creímos que realizando esa separación podríamos

llegar a comprender mejor los fenómenos que nos acontecen. Sin embargo, esto empezó a derivar en una serie de fragmentaciones que hizo que perdiéramos de vista la totalidad como un sistema complejo y completo en el cual todas las disciplinas aportan. En una visión positivista de construir una ciencia fuerte y con el metarrelato que coadyuvaría al desarrollo de las sociedades, las repercusiones son inimaginables y lo más palpable es que dentro del sistema en que nos hemos situado hemos destruido al planeta y no hemos logrado el objetivo que se pregonó en su momento.

Las universidades iniciaron procesos formativos con una visión homogeneizante y hegemónica en la que se construía y decía a través de las teorías y metodologías; era la realidad objetiva en la cual las subjetividades no tenían cabida. Éstas estaban vinculadas a lo espiritual y, por lo tanto, a lo poco medible y cuantificable, por lo que su demérito despojó a las personas de un aspecto que desde el sur global hoy valoramos mucho, que nos da identidad y nos refuerza como personas articuladas a la naturaleza y a lo que somos como sociedad. Pasamos de disfrutar el tiempo *Kairós* a vivir en un tiempo *Cronos*, ahora no nos alcanza la vida para todo lo que queremos hacer y vivimos estresados, cuantificando el tiempo y cómo administrarlo, pues no es suficiente, como nos han hecho creer, ocasionándonos un estrés constante que nos destruye como personas, pero que es algo inherente a nosotros y que hemos normalizado. Esto lo hemos vivido cuando salimos a las comunidades de nuestros pueblos y nos confrontan porque ellos tienen sus propios procesos y tiempos, aquí es cuando analizamos lo valioso del mismo y la forma en que lo vivimos y lo viven otros. Esta manera de vivir el territorio des-

de lo existencial es algo que nos han arrebatado y es una característica de nuestros pueblos. La universidad del siglo XXI debe retomar esta forma de construirnos en el tiempo y espacio para generar procesos situados, vividos y temporalizados en el currículum universitario.

Entendemos que el currículum es una construcción social, por lo que es urgente sociologizarlo y vincularlo a los procesos formativos para tener un mayor alcance, pues los individuos no son personas en blanco que llegan a la universidad desprovistos de conocimientos, sino que como ya bien señalaba Freire, traen sus propias historias, memorias de vida y experiencias que nos permiten dialogar con ellas para hacer de la educación un vínculo social que se transforme de acuerdo con una lectura crítica de su contexto para encaminarlo al bien común y no el de unos cuantos.

Los programas educativos han ido dosificando el conocimiento y cada día hemos restado aspectos que son relevantes para una vida con responsabilidad social, dejamos de lado la ética que hoy es imprescindible recuperar, dejamos de lado el aspecto del ser y colocamos el tener, generando sujetos orientados hacia la acción racional con arreglo a fines, en términos de Weber y Marianne (Aldana *et al.*, 2021), y cada día hemos ido restando conocimientos a la forma de plantear el currículum, lo cual ha derivado en procesos de mayor fragmentación de saberes para las nuevas generaciones debido a que están perdiendo las conexiones entre las disciplinas. Hoy es fundamental pasar de la multidisciplinaria a los procesos transdisciplinarios para mirar esa completud en un marco de relaciones de poder, en las cuales la universidad se ha centrado; tenemos universidades que forman

para mandar y otras para obedecer, carentes de visiones. Hoy en día estamos viviendo las consecuencias, porque perdimos de vista, como señalé líneas arriba, la realidad como totalidad, como un todo en el cual somos complementos y no elementos particulares. Los caminos que recorrimos por separado y en los que tomamos decisiones son los que han dañado al planeta.

Las ciencias sociales y naturales tomaron caminos diferentes, el agotamiento de las grandes narrativas asociadas al progreso, el apuro de reflexionar la noción de modernidad, el surgimiento de actores sociales que pusieron en discusión identidades, luchas y demandas más allá de la clase social como categoría de referencia y las discusiones en torno a los diversos entendimientos generados sobre la globalización y sus efectos postularon como urgente el análisis con distintos enfoque teóricos y metodológicos, lo que tuvo como consecuencia una mayor fragmentación en las ciencias. La cuestión era utilizar las dimensiones teórica y metodológica para realizar abordajes de la realidad, pero ésta se fue disgregando hasta quedar pulverizada y desconectada entre sí. Es aquí cuando emerge la necesidad de volver a plantear un diálogo interdisciplinario e interepistémico por la negación de otras formas de construir conocimiento que permita tender puentes para superar la división que ha prevalecido. Ello ha implicado enfrentar la construcción histórica de saberes, prácticas y tradiciones que durante décadas han operado dentro de los estrechos marcos de la disciplinariedad.

Es por eso que en un primer momento la universidad del siglo XXI debe construir miradas alternativas a lo que tradicionalmente se ha conceptualizado como "disciplina" y voltear hacia construcciones

más transdisciplinarias que permitan aprehender el todo desde una perspectiva que vuelva a vincular lo natural y social que separamos y dar cuenta de los efectos de las acciones humanas en el ambiente, como la visión del antropoceno y capitaloceno, en términos de Moore (2020), y de la degradación ambiental. Necesitamos una mirada desde la ecología política en la cual lo biológico y social se definan y construyan como agentes de cambio y lo político sea parte de ese todo social que se encuentra en lo cotidiano como un motor de la historia que no es ajena a las disciplinas. Ya Kuhn (1962) lo señala en sus estudios sobre la revolución paradigmática y los efectos de una comunidad científica que define los rumbos de la ciencia que está llena de construcciones de relaciones de poder, de modo que lo político no queda fuera de los dos grandes grupos de ciencias en que dividimos el conocimiento, la ciencia de lo social y lo natural.

Por ello, es fundamental que este nuevo enfoque de universidad articule el saber ambiental, racional y espiritual para formar personas completas, íntegras y vinculadas a sus contextos en una relación global *versus* local y viceversa, en un marco de relaciones de equidad y recuperando los procesos históricos en los cuales se ha determinado la función de esos territorios. En este sentido, es necesario deconstruir las perspectivas monoepistémicas como complejas dinámicas de ejercicio de poder que caracterizan las problemáticas sociales, económicas, culturales y ambientales que enfrentamos todas las sociedades en el desarrollo del capitalismo. Se deben considerar perspectivas críticas de análisis como la ecología política, pues ésta involucra las problemáticas de la sociedad, y se deben comprender desde la complejidad de las mismas como

parte de ese todo, entendiendo en lo ambiental, por ejemplo, al ser humano y su relación con la naturaleza como un todo, no como entes separados.

De esta manera, los formadores en este nuevo modelo de universidad debemos encaminarnos a procesos que permitan deconstruir y reconstruir lo que nos ha llevado a ser lo que hoy somos. Pongo de ejemplo a los procesos fisicomatemáticos, porque desde la fase formativa del nivel educativo medio superior lo hemos vivido. Tenemos profesores que enseñan las derivadas de una sola forma y sin una mayor comprensión de su significado como instrumento de modelación de fenómenos de diversos tipos. La derivada representa una razón de cambio; es decir, permite conocer cómo se modifica una variable dependiente como respuesta a un cambio en el valor de una variable independiente. Se usa, por ejemplo, para estimar en cuánto varía la cantidad demandada de un bien como resultado de un movimiento en el precio de éste. Por otra parte, si se deriva la expresión matemática de la trayectoria de un cuerpo en movimiento, se obtiene una función que representa la velocidad de éste, y si a su vez se deriva la función obtenida, se obtiene la expresión de la aceleración del cuerpo. Enseñar las formas, procesos y, sobre todo, para qué sirven, es importante para la comprensión del suceso, pero esto se ha ido dejando de hacer y sólo se enseñan fórmulas sin sentido. Por eso hoy hemos llegado al absurdo de retirar hasta las matemáticas, pero no es porque no sean importantes, sino porque ya no las comprendemos y vinculamos como un elemento funcional necesario en el entendimiento de fenómenos naturales y sociales.

En el aspecto de lo social estamos reduciendo también la mirada y hemos dejado de revisar

aportes importantes de la construcción de la perspectiva para integrar nuevos, desprovistos de una visión compleja de la realidad. Como ejemplo tenemos las relaciones de poder, que son el centro de nuestra forma de funcionar en sociedad, pasando por las relaciones de género y los procesos colonizantes; en los estudios queremos muchas veces sobredeterminar la realidad debido a nuestra perspectiva teórica, esto en el sentido de la forma de enseñar y de qué debe enseñarse, porque quien aterriza el currículum universitario a nivel micro con el estudiantado es el profesorado. Entonces, si proponemos una visión de universidad no debemos olvidar este binomio fundamental que es atravesado por el modelo educativo y los procesos institucionales como parte del gobierno universitario.

Por otra parte, no hemos considerado seriamente a los estudiantes, pues forman parte del binomio profesorado-estudiantado. Los que reflexionamos sobre estos procesos de la universidad como personas que nacimos en el siglo pasado y la pregunta es qué tipo de individuos llega a la universidad hoy, cuáles son sus inquietudes, sus deseos, qué les divierte y qué les enoja. Además, hay que considerar que en su proceso durante la educación básica les hemos ido condicionando su forma de pensar y sentir, así la duda es cómo hacer para descolonizarlos, colocarlos en una mirada de completud. Actualmente, se dice que nuestra juventud es de cristal, menos resiliente, que está vinculada fuertemente a la tecnología, que tiene otras habilidades y que ha perdido de vista algunos aspectos de la vida en el planeta. La tecnología es el todo para los llamados nativos digitales, las relaciones sociales los han transformado, sus identidades no son fuertes porque las estructuras

familiares se han ido despojando de familias sólidas y eso los descubre de su mundo; por eso han emergido otros problemas como los suicidios y adicciones. Ante esta situación cabe preguntarnos ¿son todos iguales?; ¿cómo son nuestros estudiantes, aquellos que tenemos enfrente? Esto es algo que debemos analizar para situar nuestro campo formativo en ellos, para interpelarlos a un proceso formativo más rizomático y lúdico, porque el currículum debe ser vivido, disfrutado y no sufrido por estar basado sólo en competencias y en la búsqueda de una calificación que genera procesos de angustia, estrés y ansiedad, entre otros.

Por lo anterior, insisto en que la dimensión epistemológica de los programas de estudio se debe relacionar a otras formaciones que nos permitan caminar hacia la transdisciplinariedad; por ejemplo, en el estudio de la extinción de una planta debe considerarse lo social, ambiental y la misma dimensión biológica para entender las prácticas de los pobladores y los efectos en el medio ambiente, en lo social y cultural. Debemos generar diálogos entre experiencias, prácticas y conocimientos situados que emerjan de observar, como un aspecto inherente a las relaciones sociales y formas de organización de personas, grupos, asociaciones, movimientos, pueblos y comunidades, aspectos que impactan en todos los ámbitos de nuestra vida y del planeta. Es decir, se debe propiciar un campo o arena de interacción de un limitado número de actores que den cuenta del entramado de relaciones en el que se cruzan recursos y capitales específicos asociados al Estado y ejercicio de gobierno que nos traspasa.

Hoy debemos aprovechar la porosidad de las fronteras disciplinares y las diversas formacio-

nes de quienes integran la universidad, así como generar modelos de aprendizaje mucho más transdisciplinares en los cuales el estudiantado pueda transitar por currículos flexibles que les permitan formar cuerpos de investigación de diferentes campos formativos y accionar en la realidad con una práctica docente que facilite, a través del abordaje de una diversidad de propuestas teórico-metodológicas, el diálogo entre los enfoques cuantitativos, cualitativos y colaborativos de la investigación. Se trata de asumir retos desde los procesos formativos y crear enfoques de incidencia social de acuerdo con los problemas que se aborden.

La vinculación a los contextos reales de aprendizaje es un elemento fundamental en la formación. No podemos encerrarnos en un aula y desprover al estudiantado de los aspectos que se encuentran en la realidad y que la disciplina demanda, porque cada disciplina cumple una función en ese entramado de la realidad y es como una pieza en el rompecabezas para completar la figura; la universidad ha dejado fuera a la realidad, se ha encerrado en sus laboratorios, fórmulas y teorías y ha dejado de lado las prácticas. La universidad del siglo XXI nos reta y convoca a mirarnos en un proceso de completud para generar una justicia epistémica y cognitiva y transitar hacia la social.

Buscamos la manera de integrar la teoría y la práctica vinculada a los procesos sociales que se viven actualmente para generar ejes de análisis en el proceso formativo que incluyan una mirada transdisciplinar, pues entendemos que hoy la fragmentación de la ciencia social en diferentes disciplinas ha mermado la capacidad explicativa. La incapacidad propositiva recupera y resignifica la visión de que la sociedad es compleja, y los análisis que se han

realizado presentan ausencias claras y contundentes de contextos como los que habitamos en el sur global. Por eso es necesario emprender un estudio de lo social y lo político como ejes transversales en el proceso formativo, que permita comprender, explicar y analizar desde nuestros lugares de enunciación nuestros propios procesos y generar alternativas encaminadas al bien común.

A manera de reflexión final

Sin duda, pensar la universidad del siglo XXI es un reto sin precedentes, porque hoy más que nunca nuestros estudiantes son diversos, nuestro planeta está agonizando y quienes formamos no tenemos la respuesta a todas las problemáticas. Pero de algo sí estamos seguros, somos una generación que está obligada a reorientarse o morir en el intento, y justamente es en esas crisis cuando surge la oportunidad. Así como vivimos durante la pandemia algunos indicios de reconversión de los procesos de degradación, así estoy convencida que podemos seguir caminando para encontrar soluciones desde nuestros territorios de enunciación y que en nuestra América ya está sembrada la semilla.

Los procesos formativos que impulsemos serán sin duda un oasis en el desierto, y hoy nos asiste la emergencia que desde los organismos internacionales se ha lanzado, como la integración de los ODS a la educación. Necesitamos reinventarnos para superar la falta de recursos financieros que al menos en México le han quitado a la educación en tiempos de pandemia y que no han regresado, lo cual implica una lucha más contra los gobiernos poco empáticos con los retos de la sociedad actual.

Estos apuntes, que considero que son una primera fase para pensar la universidad del siglo

XXI, se encuentran fundamentados en los procesos que, desde una universidad pública marginal desde el sur de México, como es la UABJO, se ha intentado construir, y que justamente ha sido en marcos de crisis de gobiernos y la pandemia que hemos sabido sumar. Reitero, tenemos retos importantes, pero lo mejor es que decidimos pensar en nuestra universidad antes de la pandemia y eso nos abrió las puertas para caminar otros senderos y construir otras formas de aproximarnos al conocimiento con retos importantes desde áreas duras, como la de la salud, que hoy han comprendido este enfoque de completud y han sumado propuestas educativas en este tenor.

Considero que la universidad le debe mucho a la sociedad y mientras no entremos en esa dinámica de cambiar nuestras formas de pensar, sentir y transformar, no estaremos acercándonos a los modelos de justicia epistémica, cognitiva y social que hoy, ante tanta miseria, nos interpela para construir procesos de menor desigualdad social y exterminio de vidas no sólo de especies en la flora y fauna, sino también humanas. Entiendo que en este mundo somos indispensables, si se pierde una especie pierde el planeta, y si nos exterminamos quiero pensar que también pierde el planeta. Debemos crear conciencia de nuestra razón de ser y estar en completud.

Referencias bibliográficas

Aldana, S., Crisóstomo, M., Moreno, I., Vázquez, K. y Vollbert, A. (2021). *La participación femenina en la sociología clásica*. Universidad Nacional Autónoma de México.

- Boada, M. y Toledo, V. (2003). *El planeta, nuestro cuerpo. La ecología, el ambientalismo y la crisis de la modernidad*. Fondo de Cultura Económica.
- Fals, O. (2002). *Historia doble de la Costa*. Universidad Nacional de Colombia/Banco de la República/El Áncora.
- Freire, P. (1985). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- _____. (1997). *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI Editores.
- González, P. (2006). *El colonialismo interno*. CLACSO.
- Hernández, H.; Martuscelli, J.; Navarro, D.; Muñoz, H. y Narro, J. (2015). Los desafíos de las universidades de América Latina y el Caribe. ¿Qué somos y a dónde vamos? *Perfiles Educativos*, 37(147), pp. 202-218.
- Kuhn, T. (2004 [1962]). *La estructura de las revoluciones científicas* (Carlos Solís, trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*. Siglo XXI Editores.
- _____. (2011). *Aventuras de la epistemología ambiental*. Siglo XXI Editores.
- _____. (2013). *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. Siglo XXI Editores/ PNUMA/ CIICH.
- Moore, J. (2020). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Traficantes de sueños.
- Reyes de la Cruz, V. (2022). La interculturalidad emergente como mecanismo para enfrentar la pandemia por Sars-cov-2 (covid 19). *Revista Estudios Interétnicos*, 28(33), pp. 63-84.
- Toledo, V. (2018). *Ecocidio en México. La batalla final es por la vida*. Grijalbo.
- White, L. (2007). Las raíces históricas de nuestra crisis ecológica. *Revista ambiente y desarrollo de CIPMA*, 23(1), pp. 78-87.